

Cuadernillo N° 2

# La Conquista del Pan

(Capítulos esenciales)

Piotr Kropotkin



**La Conquista del Pan.**  
(Capítulos esenciales).  
**Piotr Kropotkin.**

**Ediciones Libertaria.**  
2024 – 2° Edición.

Se permite la reproducción y difusión de este material con fines pedagógicos, libertarios y no comerciales, citando la autoría.

**Comentarios:**  
revilibertaria@gmail.com



## Presentación.

Piotr Kropotkin (1842-1921), anarquista ruso considerado como uno de los teóricos clásicos de pensamiento anarquista, junto a Proudhon, Bakunin y Malatesta.

De origen noble y formación militar, se dedicó al estudio científico de la naturaleza llegando a formular una interpretación solidaria de la evolución de las especies. Desde un punto de vista político, a lo largo de su obra se puede encontrar de manera explícita y sencilla de los pilares sociales y económicos del anarquismo, sobrepasando los estrechos límites del colectivismo para proponer en toda su envergadura, la noción básica del anarco-comunismo.

Desde este punto de vista, en 1892 publicó “La Conquista del Pan” que probablemente es su aporte más significativo al pensamiento ácrata, pues expone con vehemencia y claridad el origen colectivo de todas las riquezas existentes, los efectos sociales que conlleva la apropiación de esta riqueza por parte de la clase dominante, define explícitamente el derecho al bienestar como una de las ideas centrales del pensamiento anarquista y la expropiación de los medios de producción y la riqueza como un requisito imperioso para transformar la sociedad.

Una de las ideas más simples y profundas que presenta este texto, es que ninguna revolución tendrá posibilidades de éxito si no logra hacerse cargo de las necesidades más inmediatas de las y los oprimidos/as, es decir, si no apunta directamente a su bienestar económico, político y social.

Por todo esto, es para nosotras/os un honor editar los capítulos esenciales de La Conquista del Pan. Primero porque reconocemos su vigencia conceptual y política, pero también porque estamos convencidos/as de que esta sociedad injusta requiere una transformación radical que redistribuya la riqueza, nos permita aplicar socialmente el viejo principio anarco-comunista: “De cada quien según su capacidad, a cada cuál según su necesidad”

**¡¡Salud y Anarquía!!**

## La Conquista del Pan. Piotr Kropotkin.

### Nuestras Riquezas.

La humanidad ha recorrido bastante camino desde que construyendo herramientas rudimentarias, vivía del azar de la caza, y no dejaba a sus hijos e hijas más herencia que un refugio bajo las rocas, pobres instrumentos de piedra y la propia naturaleza, contra la que tenían que luchar para continuar con sus miserables existencias.

Sin embargo, desde ese confuso período que ha durado millares y millares de años, el género humano acumuló inauditos tesoros. Roturó la tierra, desecó los pantanos, abrió senderos en los bosques, trazó caminos; edificó, inventó, observó, razonó; creó instrumentos complejos, le arrancó sus secretos a la naturaleza, dominó al vapor. Hoy, las personas civilizadas encuentran a su servicio un capital inmenso, acumulado por sus predecesores/as. Y ese capital le permite obtener, nada más que con su trabajo, combinado con el de otros y otras, riquezas que superan los sueños de los orientales en sus cuentos de “Las Mil y una Noches”.

El suelo está en parte roturado, listo para recibir la labranza inteligente y las semillas escogidas, para adornarse con cosechas abundantes –más de las necesarias para satisfacer todos los requerimientos de la humanidad–. Los medios de cultivo se conocen.

En el suelo virgen de las praderas de América, cien personas, ayudados/as por poderosas máquinas, producen en pocos meses el trigo necesario para que puedan vivir un año diez mil personas. Donde se quiere duplicar, triplicar, centuplicar sus productos, se amolda el suelo, se da a cada planta los cuidados que requiere, y obtiene prodigiosas cosechas. Y en tanto un cazador tenía que recorrer en otro tiempo, cien kilómetros cuadrados para encontrar allí el alimento de su familia, las personas civilizadas hacen crecer con menos trabajo y más seguridad, en una diezmilésima parte de ese espacio, todo lo que necesita para que vivan los suyos.

El clima ya no es un obstáculo. Cuando falta el sol, se le reemplaza con calor artificial, en la espera de que se haga también la luz para activar la vegetación. Utilizando el vidrio y conductos de agua caliente puede cosechar en un espacio dado diez veces más productos que los que en el pasado conseguía.

Son más asombrosos los prodigios realizados en la industria. Con esos seres inteligentes, las máquinas modernas –fruto de tres o cuatro generaciones de inventores/as, en su mayor parte desconocidos/as– cien personas fabrican con qué vestir a otras diez mil. En las minas de carbón bien organizadas, cien personas

extraen cada año suficiente combustible para que se calienten diez mil familias en un clima riguroso.

Y si bien es cierto que en la industria, en la agricultura y en el conjunto de nuestra organización social, la labor de nuestros/as antepasados/as sólo beneficia a un pequeñísimo número de personas, no es menos cierto que la humanidad entera podría gozar una existencia de riqueza y de lujo con la ayuda de herramientas y máquinas que posee.

Somos ricos/as, muchísimo más ricos/as de lo que creemos. Lo somos por lo que poseemos ya; y aún más por lo que podemos conseguir con los instrumentos actuales; somos infinitamente más ricos/as por lo que potencialmente podemos obtener de nuestro suelo, y por lo que nuestra ciencia y nuestras técnicas nos podrían dar, si estuviesen aplicadas a procurar el bienestar de todos y todas.

## II

Somos ricos/as en las sociedades civilizadas. ¿Por qué, entonces, esta miseria en torno de nosotros/as? ¿Por qué ese trabajo penoso y embrutecedor de las masas? ¿Por qué esa inseguridad sobre el mañana aún hasta para trabajadores/as bien valorados/as, en medio de las riquezas heredadas del ayer?

Las y los socialistas lo han dicho y repetido hasta el cansancio y lo han demostrado tomando los argumentos de todas las ciencias: porque todo lo necesario para la producción, el suelo, las minas, las máquinas, las vías de comunicación, los alimentos, el abrigo, la educación, el saber, ha sido acaparado por algunos en el transcurso de esta larga historia de saqueos, éxodos, guerras, ignorancia y opresión en que ha vivido la humanidad antes de aprender a dominar las fuerzas de la naturaleza.

Porque esos mismos, amparándose en pretendidos derechos adquiridos en el pasado, hoy se apropian de dos tercios del producto del trabajo humano, dilapidándolo del modo más insensato y escandaloso. Porque le impiden producir lo que necesita y lo fuerzan a producir, no lo necesario para los demás, sino lo que más grandes beneficios promete al acaparador.

Consideremos el caso de un país civilizado. Se talaron los bosques que lo cubrían y se desecaron los pantanos: se lo hizo habitable. El suelo, que en otros tiempos sólo producía plantas silvestres, suministra hoy ricos cereales y verduras. Los roquedales forman terrazas por donde trepan las viñas de dorado fruto. Millares de caminos pavimentados y ferrocarriles surcan la tierra. Los ríos se han hecho navegables; las costas, sondeadas y esmeradamente reproducidas en mapas, son de fácil acceso; puertos artificiales, trabajosamente contruidos y resguardados contra los furores del océano, dan refugio a los buques. Se han perforado las rocas con pozos profundos,

los laberintos de galerías subterráneas se extienden allí donde haya carbón que sacar o minerales que recoger. En todos los puntos donde se entrecruzan caminos han brotado y crecido ciudades que contienen todos los tesoros de la industria, de las artes y de las ciencias. Generaciones enteras, nacidas y muertas en la miseria, oprimidas y maltratadas por sus patrones, han legado esta inmensa herencia.

Durante millares de años, cada hectárea de suelo que labramos en Europa ha sido regada con el sudor de muchas razas; cada camino tiene una historia de servidumbre personal, de trabajo sobrehumano, de sufrimientos del pueblo. Cada legua de vía férrea, cada metro de túnel, han recibido su porción de sangre humana.

Si cavásemos en las antiguas ciudades encontraríamos superpuestas calles, casas, teatros, circos y edificios públicos. Si profundizásemos en su historia, veríamos cómo la civilización de la ciudad, su industria y su genio, han crecido y madurado lentamente por acción de todos/as sus habitantes antes de llegar a ser lo que son.

Y aún hoy, el valor de cada casa, taller, fábrica o almacén, es producto del trabajo acumulado de millones de trabajadores/as sepultados/as bajo tierra, y no se mantiene sino por el esfuerzo de las legiones de personas que habitan ese punto del globo. Cada uno de los átomos de lo que llamamos “la riqueza de las naciones” no adquiere su valor más que por el hecho de ser una parte de este inmenso todo. Millones de seres humanos han trabajado para crear esta civilización que nos enorgullece. Otros millones, diseminados/as por todo el globo, trabajan para sostenerla. Sin ellas y ellos, en poco tiempo no quedaría nada.

Hasta el pensamiento, hasta la invención, son hechos colectivos, producto del pasado y del presente. Millares de inventores/as, conocidos/as o desconocidos/as, muertos/as en la miseria, han concebido esas máquinas que tanto admiramos. Miles de escritores/as, poetas y pensadores/as han trabajado para elaborar el saber, extinguir los errores y crear esa atmósfera de pensamiento científico, sin la cual no hubiera podido aparecer ninguna de las maravillas de nuestro tiempo. Pero esos millares de filósofos/as, poetas, sabios/as e inventores/as, ¿no han sido también inspirados por la labor de los siglos anteriores? ¿No fueron durante su vida alimentados/as y sostenidos/as, tanto en lo físico como en lo moral, por legiones de trabajadores/as y artesanos/as de todas clases?

Ciertamente, el genio de un Seguin, de un Mayer o de un Grove, ha hecho más por el desarrollo de la industria que todos los capitalistas del mundo. Pero estos mismos/as genios/as son hijos/as de la propia industria, igual que de la ciencia, porque ha sido necesario que millares de máquinas de vapor transformasen, año tras año, a la vista de todos/as, el calor en fuerza dinámica, y esta fuerza en sonido, en luz y en electricidad, antes de que esas inteligencias geniales llegasen a proclamar el origen mecánico y la unidad de las fuerzas físicas. Y si nosotros/as, las y los hijos/as

del siglo XIX, al fin hemos comprendido esta idea y hemos sabido aplicarla, es también porque, para ello, estábamos preparados por la experiencia cotidiana. También las y los pensadores/as del siglo pasado la habían entrevisto y enunciado, pero quedó sin ser comprendida en su totalidad, porque el siglo XVIII no creció, como nosotros/as, junto a la máquina de vapor.

Pensemos solamente en que si Watt no hubiese encontrado en Soho trabajadores/as hábiles para construir con metal sus presupuestos teóricos y perfeccionar todas sus partes –y hacer por fin el vapor, aprisionándolo dentro de un mecanismo completo, más dócil que el caballo, más manejable que el agua, hacerlo, en una palabra, el alma de la industria–, podrían haber transcurrido innumerables décadas sin que se hubieran descubierto las leyes que han permitido revolucionar la industria moderna.

Cada máquina tiene la misma historia: una larga serie mejoras parciales halladas por varias generaciones de obreros/as desconocidos/as que han añadido a la invención primitiva esas pequeñeces sin las cuales permanecería estéril la idea más fecunda. Aún más: cada nueva invención es una síntesis resultante de mil inventos anteriores en el inmenso campo de la mecánica y de la industria.

Todo se entrelaza: ciencia e industria, saber y aplicación. Cada descubrimiento, cada progreso, cada aumento de la riqueza de la humanidad, tiene su origen en la conjunción del trabajo manual e intelectual del pasado y del presente. Entonces, ¿con qué derecho alguien se apropia de la menor parcela de ese inmenso todo y dice: “esto es sólo mío” y no de todas y todos?

### III

Pero sucedió que todo cuanto permite a la sociedad producir y acrecentar sus fuerzas productivas fue acaparado por algunos. Un día tal vez contemos cómo ocurrió. Por el momento nos alcanza con constatar el hecho y analizar sus consecuencias.

El suelo, que precisamente saca su valor de las necesidades de una población que crece sin cesar, pertenece hoy a minorías que pueden impedir e impiden al pueblo el cultivarlo de acuerdo con los requerimientos actuales.

Las minas, que representan el trabajo de muchas generaciones y cuyo valor no deriva sino de las necesidades de la industria y la densidad de la población, pertenecen también a unos pocos, y esos pocos limitan la extracción del carbón, o la prohíben en su totalidad si encuentran una colocación más ventajosa para sus capitales.

Tampoco deja de pertenecer a algunos pocos patrones la maquinaria actual, aunque contiene, sin duda alguna, los perfeccionamientos al diseño original aportados por varias generaciones de trabajadores/as.

Los ferrocarriles, que no serían más que inútil hierro viejo sin la densa población de Europa, sin su industria y su comercio, pertenecen a algunos accionistas, ignorantes quizá de dónde se encuentran las vías que les dan rentas superiores a las de un rey de la Edad Media. Y si las hijas e hijos de los que murieron a millares cavando las trincheras y abriendo los túneles se reuniesen un día y fueran, andrajosos/as y hambrientos/as, a pedir pan a los accionistas, encontrarían las bayonetas y la metralla para dispersarlos y defender los "derechos adquiridos".

En virtud de esta organización monstruosa, cuando un/a hijo/a del trabajador/a entra en la vida, no halla campo que cultivar, máquina que conducir ni mina que escavar, si no cede a un patrón la mayor parte de lo que él pueda producir. Tiene que vender su fuerza de trabajo por una ración mezquina e insegura. Sus padres, madres y abuelos/as trabajaron en desecar aquel campo, en edificar aquella fábrica, en perfeccionarla. Si se obtiene permiso para dedicarse al cultivo de ese campo, es a condición de ceder la cuarta parte del producto a su patrón, y otra cuarta al gobierno y a los intermediarios. Y ese impuesto que le sacan el Estado, el capitalista, el patrón y el negociante, irá creciendo sin cesar. Si se dedica a la industria, se le permitirá que trabaje a condición de no recibir más que el tercio o la mitad del producto, siendo el resto para aquel a quien la ley reconoce como propietario de la fábrica.

Clamamos contra el barón feudal que no permitía al cultivador tocar la tierra, a menos de entregarle el cuarto de la cosecha. Llamamos bárbaros a esos tiempos. Y ahora cada trabajador/a, con el nombre de libre contratación, acepta obligaciones feudales, porque no encuentra condiciones más aceptables en ninguna parte. Como todo tiene dueño, tiene que ceder o morirse de hambre.

De tal estado de cosas resulta que toda nuestra producción va a contramano. A la empresa no la conmueven las necesidades de la sociedad; su único objetivo es aumentar los beneficios del empresario. De ahí las continuas crisis crónicas y las fluctuaciones en la industria, que dejan en la calle a cientos de miles de trabajadores y trabajadoras.

No pudiendo las y los obreros/as comprar con su salario las riquezas que ellos/as mismos/as producen, la industria busca mercados afuera, entre los acaparadores de las demás naciones. En Oriente, en África –no importa dónde–, Egipto, Tonkín, El Congo, el europeo, en estas condiciones, debe incrementar el número de sus siervos. Pero en todas partes encuentra competidores, ya que la evolución de todas las naciones se realiza en el mismo sentido. Y las guerras –la guerra permanente– tienen que estallar por el derecho de ser dueños de los mercados. Guerras por las

posesiones en Oriente, por el imperio de los mares, para imponer derechos aduaneros y dictar condiciones a sus vecinos, ¡Guerras contra las y los que se sublevan! En Europa no cesa el ruido del cañón; generaciones enteras son asesinadas; los estados europeos gastan en armamentos el tercio de sus presupuestos –y ya se sabe lo que son los impuestos y lo que le cuestan al pobre–.

La educación también es privilegio de ínfimas minorías. ¿Puede hablarse de educación cuando un/a hijo/a de obrero/a se ve obligado a la edad de trece años a bajar a la mina o ayudar en las labores del campo? ¿Puede hablarse de estudios al obrero/a que regresa de noche, deshecho por una jornada de trabajo forzado, casi siempre embrutecedor? Las sociedades se dividen en dos campos hostiles y en estas condiciones la libertad no es más que una palabra vana.

Los radicales que piden mayor extensión de las libertades políticas, muy pronto advierten que el hálito de la libertad produce con rapidez el levantamiento de las y los proletarios/as, entonces cambian de camisa, mudan de opinión y retornan a las leyes excepcionales y al gobierno del sable. Un vasto conjunto de tribunales, jueces, verdugos, policías y carceleros es necesario para mantener los privilegios. Y este conjunto se convierte en el origen de todo un sistema de delaciones, engaños, amenazas y corrupción.

Por otra parte este sistema frena el desarrollo de los sentimientos sociales. Cualquiera comprende que sin rectitud, sin respeto por sí mismo/a, sin simpatía y apoyos mutuos, la especie debe desaparecer, como desaparecen las pocas especies animales que viven del merodeo y de la servidumbre. Pero esto atentaría contra los intereses de las clases dirigentes, las cuales inventan toda una ciencia absolutamente falsa para probar lo contrario.

El simple hecho del acaparamiento extiende sus consecuencias al conjunto de la vida social. A riesgo de desaparecer, las sociedades humanas necesitan recurrir a los principios fundamentales: siendo los medios de producción obra colectiva de la humanidad, deberán volver al poder de la colectividad humana. La apropiación personal de ellos no es justa ni útil. **Todo es de todos y todas, ya que todos y todas lo necesitan, y todos y todas han trabajado en la medida de sus fuerzas**, siendo imposible determinar la parte que pudiera corresponder a cada uno/a en la actual producción de las riquezas.

¡Todo es de todos y todas! Consideremos el ingente equipamiento que el siglo XIX ha creado; consideremos los millones de esclavos de hierro que llamamos máquinas que cepillan y sierran, tejen e hilan para nosotros/as, que descomponen y recomponen la materia prima y forjan las maravillas de nuestra época.

Nadie tiene derecho a apoderarse de una sola de esas máquinas y decir: “Es mía; por su uso pagarás un tributo por cada elemento que con ella produzcas”. Como tampoco el señor de la Edad Media tenía derecho para decir al labrador: “Esta colina, ese prado, son míos, y me pagarás por cada trigo que recojas, por cada montón de heno que formes”. ¡Todo es de todas y todos! Y con tal que el hombre y la mujer contribuyan con su cuota individual de trabajo, tienen derecho a una cuota de todo lo que será producido por todas y todos. Y con sólo esta parte alcanzarán el bienestar.

Basta ya de fórmulas ambiguas, tales como “el derecho al trabajo”, o “a cada uno/a el producto íntegro de su trabajo”. Lo que nosotras y nosotros proclamamos es el **derecho al bienestar, el bienestar para todos y todas.**

## **El Bienestar para Todos y Todas.**

El bienestar para todos y todas no es un sueño. Es posible, realizable, después de lo que han hecho nuestros/as antepasados/as para hacer fecunda nuestra fuerza de trabajo.

Sabemos que las y los productores/as, que apenas son un tercio de las y los habitantes en los países civilizados, producen ya lo suficiente para que exista cierto bienestar en el hogar de cada familia. Sabemos, además, que si todos cuantos derrochan hoy los frutos del trabajo ajeno se viesan obligados a ocupar su tiempo ocioso en trabajos útiles, nuestra riqueza crecería en proporción al número de brazos productores. Y sabemos en fin que, en contra de la teoría de Malthus –pontífice de la ciencia burguesa– la sociedad acrecienta su fuerza productiva con mucha más rapidez de lo que se multiplica la población. Cuanto mayor número de personas hay en un territorio, tanto más rápido es el progreso de las fuerzas productivas.

Mientras que la población de Inglaterra sólo ha aumentado en un 62% desde 1844, su fuerza de producción ha crecido más del doble, en un 130%. En Francia, donde la población ha aumentado menos, el crecimiento es rapidísimo. A pesar de la crisis agrícola, de la injerencia del Estado, del impuesto de sangre, de la banca, de las contribuciones y de la industria, la producción de trigo se ha cuadruplicado y la producción industrial se ha decuplicado en el transcurso de los últimos ochenta años. En los Estados Unidos el progreso es aún más pasmoso: a pesar de la inmigración, o más bien, precisamente a causa de ese aumento de trabajadores/as europeos, los Estados Unidos han duplicado su producción. Pero estas cifras no dan más que una pálida idea de lo que podría incrementarse la producción en mejores condiciones.

Hoy, a medida que se desarrolla la capacidad de producir, aumenta en una proporción sorprendente el número de vagos e intermediarios. Al revés de lo que se decía en otros tiempos entre socialistas –que el capital llegaría a reconcentrarse bien

pronto en tan pequeño número de manos, que sólo sería menester expropiar a algunos millonarios para entrar en posesión de las riquezas comunes— cada vez es más considerable el número de los que viven a costa del trabajo ajeno.

En Francia no se llega a diez productores/as directos por cada treinta habitantes. Toda la riqueza agrícola del país es obra de menos de siete millones de personas, y en las dos grandes industrias, las minas y los tejidos, se cuentan menos de dos millones quinientos mil obreros/as. ¿Cuál es el número de explotadores? En Inglaterra (sin Escocia e Irlanda), un millón treinta mil obreros/as, hombres, mujeres y niños, fabrican todos los tejidos; un poco más de medio millón explotan las minas, menos de medio millón labran la tierra, y los estadísticos tienen que exagerar las cifras para obtener un máximo de ocho millones de productores/as para veintiséis millones de habitantes. En realidad, son de seis a siete millones de trabajadores/as quienes crean las riquezas enviadas a las cuatro partes del mundo. ¿Y cuántos son los rentistas o los intermediarios que añaden a sus rentas las que se adjudican haciendo pagar a las y los consumidores/as de cinco a veinte veces más de lo que han pagado a las y los productores/as?

Esto no es todo. Los que detentan el capital reducen o impiden constantemente la producción. No hablemos de esos toneles de ostras arrojados al mar para impedir que la ostra llegue a ser un alimento de la plebe y deje de ser una golosina propia de la gente acomodada; no hablemos de los miles y miles de objetos de lujo —tejidos, alimentos, etc.— tratados de igual manera que las ostras. Recordemos tan sólo cómo se limita la producción de las cosas necesarias a todo el mundo. Ejércitos de mineros no desean más que extraer todos los días carbón y enviarlo a quienes tiritan de frío. Pero con frecuencia uno o dos tercios de esos ejércitos se ven impedidos de trabajar más de tres días por semana, para que se mantengan los precios altos. Millares de tejedores/as no pueden manejar los telares, mientras que sus familias no tienen sino harapos para cubrirse y las tres cuartas partes de los europeos no cuentan con un vestido que merezca tal nombre.

Centenares de altos hornos, miles de fábricas permanecen regularmente inactivas; otras no trabajan más que la mitad del tiempo, y en cada nación civilizada hay siempre una población de unos dos millones de individuos que buscan trabajo y no lo encuentran.

Millones de personas serían felices con transformar los grandes latifundios mal cultivados en campos cubiertos de cereal.

Un año de trabajo inteligente les bastaría para quintuplicar el producto de tierras que hoy no dan más que ocho hectolitros de trigo por hectárea. Pero estos audaces pioneros/as tienen que seguir parados/as porque los poseedores de la tierra, de la

mina, de la fábrica, prefieren dedicar los capitales a préstamos a los turcos o egipcios, o en acciones de oro de la Patagonia.

Ésta es la limitación consciente y directa de la producción. Pero hay también una limitación indirecta e inconsciente, que consiste en malgastar el trabajo humano en objetos inútiles, o destinados tan sólo a satisfacer la necia vanidad de los ricos. Ni siquiera podría evaluarse en cifras hasta qué punto la productividad resulta reducida indirectamente a causa del desperdicio de las fuerzas que podrían servir para producir y, sobre todo, para preparar las herramientas y máquinas necesarias para esta producción.

Basta citar los miles de millones gastados por Europa en armamento, sin más fin que conquistar mercados, para imponer la ley económica a los países vecinos y facilitar su explotación; los millones pagados cada año a funcionarios/as de todo tipo, cuya misión es mantener el derecho de las minorías a gobernar la vida económica de la nación; los millones gastados en jueces, cárceles, policías y todo ese embrollo que llaman justicia, cuando alcanza, como es sabido, con aligerar tan sólo un poco la miseria de las grandes ciudades para que la criminalidad disminuya en proporciones considerables; en fin, los millones empleados en propagar por medio de la prensa ideas nocivas y noticias falsas, en provecho de partidos, personajes políticos y compañías explotadoras.

Pero esto no es todo. Aún se gasta más trabajo inútilmente, aquí para mantener la caballeriza, la perrera y la servidumbre doméstica del rico; allá para responder a los caprichos de las prostitutas de alto copete y al depravado lujo de los viciosos elegantes; en otra parte, para forzar a las y los consumidores/as a comprar lo que no necesita o para imponerle con la publicidad un artículo de mala calidad; más allá para producir sustancias alimenticias, provechosas para el industrial y para el comerciante, pero nocivas para quien las consume. Lo que se malgasta de esta manera bastaría para duplicar la producción útil, o para crear talleres y fábricas que bien pronto inundarían los almacenes con todas las provisiones de las cuales carecen dos tercios de la población.

De aquí resulta que de los que en cada país se dedican a los trabajos productivos, la cuarta parte por lo menos se ven obligados con regularidad a un paro forzoso de tres o cuatro meses al año, y otra cuarta parte, si no la mitad, no puede producir con su labor otros resultados que divertir a los ricos o explotar al público.

Así, pues, por un lado si se considera la rapidez con que las naciones civilizadas aumentan su fuerza de producción, y por otro los límites puestos a ésta, debe deducirse que una organización económica medianamente razonable permitiría a las naciones civilizadas amontonar en pocos años tantos productos útiles, que deberíamos exclamar: "¡Basta de carbón, basta de trigo, basta de ropas!

¡Descansemos para utilizar mejor nuestras fuerzas, para emplear mejor nuestros ocios!".

No; el bienestar para todas y todos no es un sueño. Puede haberlo sido cuando a duras penas se lograban recoger ocho o diez hectolitros de trigo por hectárea, o había que construir artesanalmente los instrumentos mecánicos necesarios para la agricultura y la industria. Ya no es un sueño desde que se inventara el motor que, con un poco de hierro y algunos kilos de carbón, proporciona la fuerza de un caballo dócil, manejable, capaz de poner en movimiento la máquina más complicada.

Más para que el bienestar llegue a ser una realidad, es preciso que este inmenso capital –ciudades, casas, campos labrados, vías de comunicación, educación– deje de ser considerado como propiedad privada de los capitalistas que disponen de ella a su antojo. Es preciso que estos ricos instrumentos para la producción, duramente obtenidos, edificados, fabricados e inventados por nuestros/as antepasados/as sean de propiedad común, para que el espíritu colectivo saque de ellos los mayores beneficios para todas y todos: se impone la **expropiación**. El bienestar de todas y todos como fin; la expropiación como medio.

## II

La expropiación: La recuperación por la comunidad de todo lo que sirva para conseguir el bienestar general. Pero este problema no puede resolverse por la vía legislativa. Nadie piensa en ello. Pobres y ricos comprenden que ni los gobiernos actuales, ni los que pudieran surgir de una revolución política, son capaces de resolverlo. Se siente la necesidad de una revolución social, y tanto ricos como pobres saben que esa revolución está próxima, que puede estallar de un día para otro.

La evolución tuvo lugar en los espíritus durante el curso de esta última mitad de siglo: pero comprimida por la minoría, es decir por las clases poseedoras, y no habiendo podido tomar cuerpo, esta evolución debe deshacerse de los obstáculos mediante la fuerza y realizarse violentamente por medio de la revolución.

¿De dónde vendrá la revolución? ¿Cómo se anunciará? Nadie lo puede decir. Es una incógnita. Pero los que observan y meditan no se equivocan: trabajadores/as y explotadores, revolucionarias/os y conservadores, todas y todos sienten que está llamando a nuestras puertas. Y bien, ¿qué haremos cuando se produzca la revolución?

Se ha estudiado mucho el lado dramático de las revoluciones, y poco su obra verdaderamente revolucionaria. Muchos/as no ven en esos grandes movimientos más que el aparato escénico, la lucha de los primeros días, las barricadas. Pero esas

luchas, esas primeras escaramuzas, terminan muy pronto; sólo después de la derrota gubernamental comienza la verdadera obra revolucionaria.

A los gobernantes, incapaces e impotentes, atacados por todas partes, pronto se los lleva el soplo de la insurrección. En pocos días dejó de existir la monarquía burguesa de 1848, y cuando un coche de alquiler se llevó a Luis Felipe fuera de Francia, París perdió el interés en el ex rey. En pocas horas, el 18 de marzo de 1871, el gobierno de Thiers desapareció, dejando a París dueño de sus destinos. Y sin embargo, las de 1848 y 1871 no fueron más que insurrecciones. Ante una revolución popular, los gobernantes se eclipsan con sorprendente rapidez. Empiezan por huir —a menos que se vayan a otra parte a conspirar—, tratando de prepararse un regreso posible.

Desaparecido el gobierno, el ejército, vacilante por la oleada del levantamiento popular, ya no obedece a sus jefes. Cruzándose de brazos, la tropa deja hacer, o con las armas en alto se une a las y los insurrectos/as. La policía, con los brazos caídos, no sabe si reprimir o gritar: “¡Viva la Comuna!”. Y los agentes de orden público se meten en sus casas “a esperar el nuevo gobierno”. Los grandes burgueses preparan su equipaje y se ponen a buen recaudo. Sólo queda el pueblo. Así se anuncia una revolución.

Se proclama la Comuna en varias grandes ciudades. Miles de personas se vuelcan a las calles, y concurren por la noche a asambleas improvisadas, preguntándose: “¿Qué vamos a hacer?”, y discuten con ardor las cuestiones públicas. Todo el mundo se interesa en ellos; las personas indiferentes de la víspera son quizá los más exaltados. Por todas partes mucha buena voluntad y un vivo deseo de asegurar la victoria. Se suceden los actos heroicos. El pueblo desea sólo marchar adelante. Todo esto es bello, es sublime. Pero no es todavía la revolución. Al contrario, es ahora cuando va a dar comienzo el trabajo revolucionario.

De seguro habrá venganzas satisfechas. Los Watrin y los Thomas pagarán su impopularidad, pero sólo serán accidentes de la lucha y no la revolución.

Los socialistas gubernamentales, los radicales, los genios desconocidos del periodismo, los oradores efectistas —burgueses y extrabajadores—, corren al municipio, a los ministerios, para tomar posesión de los sillones abandonados. Redactarán leyes y emitirán decretos llenos de frases sonoras, que nadie se preocupará en hacer cumplir, justamente porque se está en plena revolución. Para darse aires de una autoridad que no tienen, buscarán la sanción de las antiguas formas de gobierno. Posibilistas, colectivistas, radicales, jacobinos, blanquistas, forzosamente reunidos, perderán el tiempo en discutir. Las personas honradas se confundirán con los ambiciosos, que sólo piensan en dominar y en despreciar a la multitud de la cual han surgido. Llegando todos con ideas diametralmente opuestas, se verán obligados a formar alianzas ficticias para constituir mayorías que no durarán

ni un día; disputarán, se tratarán unos a otros de reaccionarios, de autoritarios, de bribones; incapaces de entenderse acerca de ninguna medida seria, perderán el tiempo en discutir necedades; pero la verdadera fuerza del movimiento estará en la calle. Todo esto puede divertir a quienes gustan del teatro. Pero no se trata aún de la revolución ¡Nada ha sido hecho aún!

Durante ese tiempo, el pueblo sufre. Se paran las fábricas, los talleres están cerrados, el comercio se estanca. Las trabajadoras/es ya no cobran ni aun el mezcquino salario de antes. El precio de los alimentos sube. Con esa abnegación heroica que siempre lo ha caracterizado, y que llega a lo sublime en las grandes épocas, el pueblo tiene paciencia. Él es quien exclamaba en 1848: "Ponemos tres meses de miseria al servicio de la República", mientras que los "representantes" y los señores del nuevo gobierno, hasta el último policía, cobraban con regularidad sus sueldos. El pueblo sufre. Con su ingenua confianza, con la candidez de la masa que cree en los que la conducen, espera que se ocupen de él allá arriba, en la Cámara, en la Municipalidad, en el Comité de Salud Pública.

Pero allá arriba se piensa en toda clase de cosas, excepto en los sufrimientos de la multitud. Cuando el hambre roe a Francia en 1793 y compromete la revolución; cuando el pueblo se ve reducido a la última miseria, mientras que los Campos Elíseos están llenos de magníficos carruajes llevando mujeres adornadas lujosamente, ¡Robespierre insiste en el Club de los Jacobinos en hacer discutir su memoria acerca de la constitución inglesa! Cuando en 1848 el trabajador sufre con la paralización general de la industria, el gobierno provisional y la Cámara discuten acerca de las pensiones militares y el trabajo en las prisiones, sin preguntarse de qué vive el pueblo durante esa época crítica. Y si algún cargo debe hacerse a la Comuna de París, nacida bajo los cañones de los prusianos, y que sólo duró setenta días, es el no haber comprendido que la revolución comunera no podía triunfar sin combatientes bien alimentados/as, y que con unas pocas monedas diarias no podían batirse en las barricadas y al mismo tiempo mantener a sus familias. El pueblo sufre y se pregunta: "¿Qué hacer para salir de este punto muerto?".

### III

Sólo hay una respuesta a esta cuestión: Reconocer y proclamar que cada persona, cualquiera que haya sido su lugar en el pasado, cualquiera fuese su fuerza o su debilidad, sus aptitudes o su incapacidad, tiene ante todo el derecho a vivir, y que la sociedad debe repartir entre todas y todos, sin excepción, los medios de existencia de que dispone. ¡Reconocerlo, proclamarlo y obrar en consecuencia!

Actuar de forma tal que, desde el primer día de la revolución, cada trabajador/a sepa que una nueva era se abre; que en lo sucesivo nadie se verá obligado a dormir bajo los puentes junto a los palacios, a permanecer en ayuno cuando hay alimentos y a tiritar de frío cerca de las tiendas de ropa. Sea todo de todas y todos, tanto en

realidad como en principio, y que se produzca al fin en la historia una revolución que piense en las necesidades del pueblo antes que en leerle la lista de sus deberes.

Esto no podrá realizarse por decretos, sino tan sólo por la toma de posesión inmediata, efectiva, de todo lo necesario para la vida de todas y todos; tal es la única manera en verdad científica de proceder, la única que comprende y desea el pueblo. Tomar posesión, en nombre del pueblo sublevado, de los graneros de trigo, de los almacenes atestados de ropa y de las casas habitables. No derrochar nada, organizarse rápidamente para llenar los vacíos, hacer frente a todas las necesidades, satisfacerlas todas; producir, no ya para dar beneficios, sea a quien fuere, sino para hacer que viva y se desarrolle la sociedad.

Basta de esas fórmulas ambiguas, como la del “derecho al trabajo”, con la cual se engañó al pueblo en 1848 y con la que se trata de engañarlo aún hoy. Tengamos el coraje de reconocer que el bienestar, ya posible desde ahora, debe realizarse a todo precio.

Cuando las y los trabajadores/as reclamaban en 1848 el “derecho al trabajo”, se organizaban talleres nacionales o municipales y se los enviaba a trabajar duramente por unas pocas monedas diarias. Cuando reclamaban la organización del trabajo, les respondían: “Paciencia, el gobierno va a ocuparse de eso, por hoy acepten estos centavos. Y entretanto, se apuntaban los cañones y se convocaban hasta las últimas reservas del ejército para comenzar la represión. ¡Muy diferente sería el resultado si las y los trabajadores/as reivindicasen el derecho al bienestar! Si proclamasen su derecho a apoderarse de toda la riqueza social; a tomar las casas e instalarse en ellas de acuerdo con las necesidades de cada familia; a tomar los víveres acumulados y consumirlos de forma tal que pudieran conocer la satisfacción tanto como conocen el hambre. Si proclamasen su derecho a todas las riquezas, y conocieran lo que son los grandes placeres del arte y de la ciencia, tanto tiempo acaparados por los burgueses.

Y que al afirmar su derecho al bienestar declararan, lo que es más importante, su derecho a decidir por ellas y ellos mismos/as en qué ha de consistir ese bienestar, lo que es preciso para asegurarlo y lo que, en lo sucesivo, deberá abandonarse como desprovisto de valor.

El derecho al bienestar es la posibilidad de vivir como seres humanos y de criar a sus hijos/as de forma de hacerlos miembros iguales de una sociedad superior a la nuestra, mientras que el derecho al trabajo es el derecho a continuar siendo siempre un esclavo/a asalariado/a, gobernado/a y explotado/a por los burgueses del mañana. El derecho al bienestar es la revolución social; el derecho al trabajo es, a lo sumo, un presidio industrial.

## El Comunismo Anarquista.

Toda sociedad que rompa con la propiedad privada se verá forzada, según creemos, a organizarse de acuerdo con el comunismo anárquico. La anarquía conduce al comunismo, y el comunismo a la anarquía, y una y otro no son más que la tendencia predominante en las sociedades modernas, la búsqueda de la igualdad.

Hubo un tiempo en que una familia de campesinos/as podía considerar el trigo que cultivaba y las vestimentas de lana tejidas en casa como productos de su propio trabajo. Aun entonces, esta creencia no era del todo correcta. Había caminos y puentes hechos en común, pantanos desecados por un trabajo colectivo y pastos comunes cercados por setos que todos costeaban. Una mejora en las formas de tejer o en el modo de teñir los tejidos aprovechaba a todas y todos; en aquella época, una familia campesina tampoco podía vivir sino a condición de encontrar apoyo en la ciudad, en el municipio.

Pero hoy, con el actual estado de la industria, en que todo se entrelaza y se sostiene, en que cada rama de la producción se vale de todas las demás, es absolutamente insostenible la pretensión de dar un origen individualista a los productos. Si las industrias textiles o las metalúrgicas han alcanzado tamaña perfección en los países civilizados, lo deben al simultáneo desarrollo de otras mil industrias, grandes y pequeñas; lo deben a la extensión de la red de ferrocarriles, a la navegación trasatlántica, a la destreza de millones de trabajadores/as, a cierto grado de cultura general de toda la clase obrera; en fin, a trabajos realizados de un extremo a otro del mundo.

Los italianos que morían de cólera cavando el canal de Suez, o de silicosis en el túnel de San Gotardo, y los americanos muertos por las granadas en la guerra por la abolición de la esclavitud han contribuido al desarrollo de la industria algodonera en Francia e Inglaterra, tanto como las jóvenes que se extenuaban en las fábricas de Manchester o de Ruán o el ingeniero que por sugerencia de algún/a trabajador/a ha realizado alguna mejora en un telar. ¿Cómo estimar la parte correspondiente a cada persona de las riquezas que entre todas y todos hemos contribuido a acumular?

Situándonos en este punto de vista general, sintético, de la producción, no podemos admitir, con las y los colectivistas, que pueda ser un ideal, ni siquiera un paso adelante hacia ese ideal, una remuneración proporcional a las horas de trabajo aportadas por cada uno en la producción de las riquezas. Sin discutir aquí si realmente el valor de cambio de las mercancías se mide en la sociedad actual por la cantidad de trabajo necesario para producirlas (según lo han afirmado Smith y Ricardo, cuya tradición ha seguido Marx), nos basta decir que el ideal colectivista nos parece irrealizable en una sociedad que considerara los instrumentos de

producción como un patrimonio común. Basada en este principio, se vería obligada a abandonar en el acto cualquier forma de salario.

El individualismo mitigado del sistema colectivista no podría existir junto con el comunismo de la posesión colectiva del suelo y de los instrumentos del trabajo. Una nueva forma de posesión requiere una nueva forma de retribución. Una nueva forma de producción no podría mantener antiguas formas de consumo, como tampoco podría amoldarse a formas antiguas de organización política. El salariado ha nacido de la apropiación personal del suelo y de los instrumentos para la producción por parte de algunos. Era la condición necesaria para el desarrollo de la producción capitalista; morirá con ella. La posesión común de los instrumentos de trabajo traerá consigo necesariamente el disfrute en común de los frutos de la labor común.

El desarrollo del individualismo, durante los tres últimos siglos, se explica, sobre todo, por los esfuerzos de las personas que quisieron prevenirse contra los poderes del capital y del Estado. Creyeron que podían libertarse del Estado y de la sociedad mediante el dinero. Pero el individualismo ha tomado un camino equivocado, y la historia moderna lo conduce a reconocer que, sin el concurso de todas y todos, no puede nada, aun teniendo su caja fuerte llena de oro.

En efecto, junto con esa corriente individualista vemos en toda la historia moderna, por una parte, la tendencia a conservar todo lo que resta del comunismo parcial de la antigüedad, y por otra a restablecer el principio comunista en las mil y una manifestaciones de la vida. En cuanto los municipios de los siglos X, XII y XIII consiguieron emanciparse del señor laico o religioso, dieron inmediatamente gran extensión al trabajo en común, al consumo en común. La ciudad, no los particulares, era la que fletaba buques y despachaba caravanas para el comercio lejano, los beneficios así obtenidos eran para todas y todos y no para determinados individuos; de esta manera también se compraban las provisiones para sus habitantes. Las huellas de esas instituciones se han mantenido hasta el siglo XIX, y los pueblos conservan religiosamente el recuerdo de ellas en sus leyendas. Todo eso ha desaparecido. Pero el municipio rural aún lucha por mantener los últimos vestigios de ese comunismo, y lo consigue mientras el Estado no introduce su abrumadora espada en la balanza.

Al mismo tiempo surgen, bajo mil diversos aspectos, nuevas organizaciones basadas en el mismo principio de a cada uno según sus necesidades, porque sin cierta dosis de comunismo no podrían subsistir las sociedades actuales.

A pesar del sesgo estrechamente egoísta que la producción mercantil da a los espíritus, la tendencia comunista se revela a cada instante y penetra en nuestras relaciones bajo todas las formas. El puente, por cuyo paso pagaban en otro tiempo los transeúntes, se ha hecho de uso común. El camino, que antiguamente se pagaba

a tanto el kilómetro, ya no existe más que en Oriente. Los museos, las bibliotecas libres, las escuelas gratuitas, las comidas comunes para niños y niñas, los parques y los jardines abiertos, las calles empedradas y alumbradas, libres para todo el mundo; el agua enviada a domicilio y con tendencia general a no tener en cuenta la cantidad consumida, he aquí otras tantas instituciones fundadas en el principio de “toma lo que necesites”.

Los tranvías y ferrocarriles introducen ya el billete de abono mensual o anual, sin tener en cuenta el número de viajes, y recientemente toda una nación, Hungría, ha introducido en su red de ferrocarriles el billete por zonas, que permite recorrer quinientos o mil kilómetros por el mismo precio. Tras de esto no falta mucho para el precio uniforme, como ocurre en el servicio postal. En todas estas innovaciones, y otras mil, existe la tendencia a no medir el consumo. Hay quien quiere recorrer mil kilómetros, y otro solamente quinientos. Ésas son necesidades personales, y no hay razón alguna para hacer pagar a uno/a el doble que al otro/a sólo porque sea dos veces más intensa su necesidad. Éstos son los fenómenos que se observan aún en nuestras sociedades individualistas.

Existe también la tendencia, por más débil que ésta sea aún, a poner las necesidades del individuo por encima de la evaluación de los servicios que haya prestado o que preste algún día a la sociedad. Se ha llegado a considerar a la sociedad como un todo en donde cada una de las partes está tan íntimamente ligada con las demás que el servicio prestado a tal o cual individuo es un servicio prestado a todas y todos.

Cuando se concurre a una biblioteca pública, no se nos pregunta qué servicio se ha prestado a la sociedad para facilitar el o los libros pedidos, y, si es necesario, ayuda a buscarlos en el catálogo. Mediante un derecho de entrada único –y muy frecuentemente lo que se prefiere es una contribución en forma de trabajo–, la sociedad científica abre sus museos, jardines, bibliotecas, laboratorios, y da fiestas anuales a sus miembros, ya sea un Darwin o un simple aficionado/a.

En San Petersburgo, si alguien trabaja en una invención, puede concurrir a un taller especial, donde hay espacio, un banco de carpintero, un torno de mecánico, todas las herramientas y todos los instrumentos de precisión necesarios, allí se lo dejará trabajar todo el tiempo que necesite. Ahí están las herramientas; si prefiere no trabajar solo, puede interesar a otros/as en la idea o asociarse con personas de diversos oficios; llegar a inventar un avión o no inventar nada es asunto de cada uno/a. Una idea lo entusiasma y es suficiente con esto.

Los marinos de un bote de salvamento no preguntan sus títulos a los marineros de un buque naufragado; lanzan su embarcación, arriesgan su vida entre las olas, y algunas veces mueren por salvar a quienes no conocen siquiera. ¿Y para qué

necesitan conocerles? Ésta es la tendencia, eminentemente comunista, que aparece en todas partes, bajo todas las formas posibles, en el mismo seno de nuestras sociedades que predicán el individualismo.

Existe la tendencia. Se acentúa en cuanto quedan satisfechas las más imperiosas necesidades de cada uno/a, a medida que aumenta la fuerza productiva de la humanidad; se acentúan aún más cada vez que una gran idea ocupa el puesto de las mezquinas preocupaciones de nuestra vida cotidiana. Cómo dudar entonces que el día en que se entreguen los instrumentos de producción a todas y todos, en que las tareas sean comunes y el trabajo produzca mucho más que lo necesario para todas y todos, ¿cómo dudar de que esta tendencia (ya pujante) ensanchará su esfera de acción hasta llegar a ser el principio mismo de la vida social?

Por estos indicios y reflexionando además en el aspecto práctico de la expropiación del que hablaremos en los siguientes capítulos, opinamos que, cuando la revolución haya quebrantado la fuerza que mantiene el sistema actual, nuestra primera obligación será realizar inmediatamente el comunismo. Pero nuestro comunismo no es el de los falansterianos ni el de los teóricos autoritarios alemanes, sino el comunismo anarquista, el comunismo sin gobierno, el de personas libres. Ésta es la síntesis de los dos fines perseguidos por la humanidad a través de los siglos: la **libertad económica** y la **libertad política**.

## II

Tomando la anarquía como ideal de la organización política, no hacemos más que formular también otra pronunciada tendencia de la humanidad. Cada vez que lo permitía el curso del desarrollo de las sociedades europeas, éstas sacudían el yugo de la autoridad y esbozaban un sistema basado en los principios de la libertad individual. Y vemos en la historia que los períodos durante los cuales fueron derribados los gobiernos a consecuencia de revueltas parciales o generales han sido épocas de repentino progreso en el terreno económico e intelectual. Ya sea la independencia de los municipios, cuyos monumentos –fruto del trabajo libre de asociaciones libres– no han sido superados desde entonces; ya sea el levantamiento de campesinos/as, que hizo la Reforma y puso en peligro el Papado; ya sea la sociedad –libre en los primeros tiempos– fundada al otro lado del Atlántico por los descontentos que huyeron de la vieja Europa.

Y si observamos el desarrollo presente de las naciones civilizadas, vemos un movimiento cada vez más acentuado en pro de limitar la esfera de acción del gobierno y dejar cada vez mayor libertad al individuo. Ésta es la evolución actual, aunque dificultada por el fárrago institucional y los prejuicios heredados del pasado. Lo mismo que toda evolución, no espera más que la revolución para barrer las viejas ruinas que le sirven de obstáculo y tomar libre vuelo en la sociedad renovada.

Después de haber intentado largo tiempo resolver el problema insoluble de inventar un gobierno que “pueda constreñir al individuo a la obediencia, sin al mismo tiempo dejar de obedecer él mismo a la sociedad”, la humanidad intenta libertarse de toda especie de gobierno y satisfacer sus necesidades de organización, mediante el libre acuerdo entre individuos y grupos que persigan los mismos fines. La independencia de cada mínima unidad territorial es ya una necesidad apremiante; el común acuerdo reemplaza a la ley, y pasando por encima de las fronteras, regula los intereses particulares con la mira puesta en un fin general.

Todo lo que en otro tiempo se tuvo como función del gobierno se le disputa hoy, acomodándose más fácilmente y mejor sin su intervención. Estudiando los progresos hechos en este sentido, nos vemos llevados a afirmar que la humanidad tiende a reducir a cero la acción de los gobiernos, esto es, a abolir el Estado, esa personificación de la injusticia, de la opresión y del monopolio. Ya podemos entrever un mundo en el cual el individuo, al dejar de estar atado por leyes, no tendrá más que hábitos sociales, como resultado de la necesidad experimentada por cada uno/a de buscar el apoyo, la cooperación, la simpatía de nuestros pares.

Ciertamente que la idea de una sociedad sin Estado provocará por lo menos tantas objeciones como la economía política de una sociedad sin capital privado. Hemos sido amamantados/as con prejuicios acerca de las funciones providenciales del Estado. Toda nuestra educación, desde la enseñanza de las tradiciones romanas hasta el código de Bizancio –que se estudia con el nombre de derecho romano– y las diversas ciencias profesadas en las universidades, nos acostumbran a creer en el gobierno y en las virtudes del Estado providencial. Para mantener este prejuicio se han inventado y enseñado sistemas filosóficos. Las teorías sobre las leyes son redactadas con el mismo objetivo. Toda la política se funda en ese principio, y cada político, cualquiera que sea su matiz, dice siempre al pueblo: “¡Dame el poder; quiero y puedo librarte de las miserias que pesan sobre ti!”.

Desde la cuna a la tumba todas nuestras acciones son dirigidas por este principio. Al abrir cualquier libro de sociología, de jurisprudencia, se encuentra siempre al gobierno, con su organización y sus actos, ocupando un lugar tan importante que nos acostumbramos a creer que por fuera del gobierno y de los hombres de Estado no hay nada. La prensa repite la misma lección en todos los tonos. Columnas enteras se consagran a las discusiones parlamentarias, a las intrigas de los políticos. Y cuando se leen esos periódicos, en lo que menos se piensa es en el inmenso número de seres humanos que nacen y mueren, trabajan y consumen, conocen los dolores, piensan y crean, más allá de esos personajes molestos, a quienes se glorifica hasta el punto de que sus sombras, agrandadas por nuestra ignorancia, cubren y ocultan la humanidad.

Y sin embargo, en cuanto se pasa del papel impreso a la vida misma, en cuanto se echa una ojeada a la sociedad, salta a la vista la parte infinitesimal que en ella representa el gobierno. Balzac ha hecho notar cuántos millones de campesinos/as permanecen durante toda su vida sin conocer nada del Estado, con excepción de los impuestos que están obligados/as a pagarle. Diariamente se hacen millones de transacciones sin que intervenga el gobierno, y las más grandes de ellas –las del comercio y la bolsa– se hacen de modo que ni siquiera se podría invocar al gobierno si una de las partes contratantes tuviese la intención de no cumplir sus compromisos. Si se habla con alguien conocedor del comercio, dirá que los intercambios realizados todos los días entre comerciantes serían imposibles si no tuvieran como base la confianza mutua. La costumbre de cumplir con la palabra empeñada, el deseo de no perder el crédito, bastan ampliamente para sostener esa honradez comercial.

Otro rasgo sorprendente, que caracteriza sobre todo a nuestra generación, habla aún más en favor de nuestras ideas. Es el crecimiento continuo de los emprendimientos debidos a la iniciativa privada y el prodigioso desarrollo de todo género de agrupaciones libres. Estas organizaciones libres, variadas hasta lo infinito, son productos naturales, que crecen rápidamente y se agrupan con facilidad; ellas son el resultado necesario del continuo crecimiento de las necesidades de las personas civilizadas y reemplazan con tantas ventajas a la injerencia gubernamental, que debemos reconocer en ellas un factor cada vez más importante en la vida de las comunidades. Si no se extienden aún al conjunto de las manifestaciones de la vida es porque hallan un obstáculo insuperable en la miseria del pueblo trabajador, en las castas de la sociedad actual, en la apropiación privada del capital colectivo, en el Estado. Abolidos esos obstáculos, las veremos cubrir el inmenso dominio de la vida social.

La historia de los últimos cincuenta años es una prueba viviente de la impotencia del gobierno representativo para desempeñar las funciones con las que se le ha querido revestir. Esta impotencia es tan evidente, que los pocos pensadores que han hecho la crítica de este sistema (John Stuart Mill, Leverdaiys) no han tenido más que traducir el descontento popular. En efecto, ¿no se entiende que es absurdo elegir a unos pocos y decirles: “Aunque ustedes no nos conocen, hágnanos leyes para todas las circunstancias de nuestras vidas”?

Hoy, cuando grupos diseminados por el mundo quieren llegar a organizarse para un fin cualquiera, no nombran un parlamento internacional de diputados que se encarguen de todo y a quienes se les dice: “Voten leyes, que nosotros las obedeceremos”. Cuando estos grupos no pueden entenderse directamente o por correspondencia, envían delegados que conocen la cuestión especial que va a tratarse, diciéndoles: “Hay que ponerse de acuerdo acerca de tal asunto, cuando lo hagan no vuelvan con una ley en el bolsillo, sino con una propuesta, que podremos aceptar o no”. Así es como obran las grandes sociedades industriales y científicas,

las numerosas asociaciones de todas clases, que existen en Europa y en los Estados Unidos. Y así deberá obrar la sociedad liberada.

Para realizar la expropiación, le será absolutamente imposible organizarse bajo el principio de la representación parlamentaria. Una sociedad fundada en la servidumbre podía conformarse con la monarquía absoluta; una sociedad basada en el salario y en la explotación de las masas por los detentadores del capital, se adecua al parlamentarismo. Pero una sociedad libre que recobre su patrimonio colectivo, tendrá que buscar en el libre agrupamiento y en la libre federación de los grupos una nueva organización apropiada a la nueva fase económica de la historia. **A cada fase económica responde una fase política**, será imposible eliminar la propiedad sin encontrar al mismo tiempo un nuevo modo de vida política.

## La Expropiación.

Se cuenta que Rothschild, viendo amenazada su fortuna por la revolución de 1848, inventó la siguiente humorada: “Admitamos que mi fortuna se haya adquirido a costa de los demás. Dividiéndola entre los varios millones de europeos, correspondería a cada persona un escudo. Pues bien; me comprometo a restituir su escudo a cada persona que me lo pida”. Dicho esto, y luego de debidamente publicitado, nuestro millonario se paseaba tranquilo por las calles de Frankfurt. Tres o cuatro transeúntes le pidieron sus respectivos escudos y él, con sardónica sonrisa, se los entregó quedando hecha la jugarreta. La familia del millonario aún está en posesión de sus tesoros.

Más o menos así razonan los sabihondos de la burguesía cuando nos dicen: “Ah, la expropiación: Ustedes despojan a todos/as de sus abrigos, los apilan, y cada cual se acerca a apropiarse de uno”. Esto es un chiste de mal gusto. Lo que necesitamos no es poner en un montón los abrigos para distribuirlos después –y eso que los que tiritan de frío aún encontrarían en ello alguna ventaja–. Tampoco tenemos que repartirnos los escudos de Rothschild. Lo que necesitamos es organizarnos de tal forma que cada ser humano, al venir al mundo, pueda estar seguro de aprender un trabajo productivo, acostumbrarse a él, y después poder ocuparse de ese trabajo sin pedir permiso al propietario y al patrón y sin pagar a los acaparadores de la tierra y de las máquinas la parte del león sobre todo lo que se produzca. En cuanto a las riquezas de todas clases, detentadas por los Rothschilds o los Vanderbilt, nos servirían para organizar mejor nuestra producción en común.

El día en que cada trabajador/a del campo pueda arar la tierra sin pagar la mitad de lo que produce; el día en que las máquinas necesarias para preparar el suelo para las grandes cosechas estén a la libre disposición de las y los campesinos/as; el día en que cada obrero/a fabril produzca para la comunidad y no para el monopolio, las y

los trabajadores/as ya no irán harapientos/as, y ya no habrá más Rothschilds ni otros explotadores. Nadie tendrá ya necesidad de vender su fuerza de trabajo por un salario que sólo representa una parte del total de lo que produce.

“Sea –nos dirán–. Pero desde afuera vendrán otros Rothschilds. ¿Se podrá impedir que un individuo que haya acumulado millones en la China se establezca y se rodee de trabajadores/as asalariados/as, que los explote y se enriquezca a costa de ellas y ellos? La revolución no triunfará simultáneamente en toda la tierra. ¿Se van a establecer aduanas fronterizas, para registrar a quienes llegan y apoderarse del oro que traigan?” Pues bien; en el fondo de este razonamiento hay un grueso error, y es que nadie se ha preguntado nunca de dónde provienen las fortunas de los ricos. Un poco de reflexión bastaría para demostrar que el origen de esas fortunas está en la miseria de las y los pobres. Cuando no haya miserables, no habrá ricos para explotarlos/as. Fijémonos un poco en la Edad Media, época en la que comienzan a surgir las grandes fortunas. Un barón feudal se apodera de un valle fértil. Pero en tanto esos campos no estén poblados este barón no podrá llamarse rico. Su tierra no le rinde nada, tanto le valdría tener posesiones en la luna. ¿Qué va a hacer nuestro barón para enriquecerse? ¡Buscar campesinos!

Sin embargo, si cada agricultor/a tuviese un pedazo de tierra libre de cargas y además las herramientas y el ganado suficientes para la labor, ¿quién iría a arar las tierras del barón? Cada cual se quedaría en las suyas. Pero hay poblaciones enteras de miserables. Unos han sido arruinados por las guerras, otros por las sequías o la peste; no tienen animales ni herramientas. (El hierro era costoso en la Edad Media y más costoso era todavía un animal de labor.)

Todos los miserables buscan mejores condiciones. Un día ven en el camino, en el linde de las tierras de nuestro barón, un poste indicando, con ciertos signos comprensibles, que el labrador que se instale en estas tierras recibirá junto con el suelo instrumentos y materiales para edificar una choza y sembrar su campo, sin que, en cierto número de años, tenga que pagar ningún tributo. Ese número de años se indica con otras tantas cruces en el mismo poste, y el campesino entiende lo que significan esas cruces. Entonces los miserables afluyen a las tierras del barón; trazan caminos, desecan los pantanos, levantan aldeas. A los nueve años, el barón les impondrá un arrendamiento, cinco años más tarde les cobrará tributos, que duplicará después, y el labrador aceptará esas nuevas condiciones porque en otra parte no las hallará mejores. Y poco a poco, con ayuda de la ley hecha por los letrados, la miseria del campesinado se convertirá en manantial de riqueza para el señor; y no sólo para el señor, sino para toda una nube de usureros que se descarga sobre las aldeas, y que se multiplican tanto más cuanto mayor es el empobrecimiento del campesinado.

Así pasaba en la Edad Media. ¿Y no sucede hoy lo mismo? Si hubiese tierras libres que el campesinado pudiese cultivar a su antojo, nadie acudiría voluntariamente a su

propia explotación a beneficio ajeno. Pero como nada tiene, acepta todas las condiciones con tal de poder vivir cultivando el suelo, y en consecuencia, enriquece al señor. En pleno siglo XIX, como en la Edad Media, la pobreza del campesino es la riqueza para los propietarios de bienes raíces.

## II

El terrateniente se enriquece con la miseria de las y los campesinos/as. Lo mismo sucede con el empresario industrial.

Un burgués, que de una manera u otra haya ahorrado quinientos mil francos, podría gastarse ese capital a razón de cincuenta mil francos al año, poquísima cosa en el fondo, dado el lujo caprichoso e insensato que vemos en estos días. Pero procediendo de esa forma, al cabo de diez años, no le quedaría nada. Así pues, prefiere guardar intacta su fortuna creándose además una linda renta anual. Eso es muy sencillo en nuestra sociedad, precisamente porque nuestras ciudades y pueblos bullen de trabajadores/as que no tienen para vivir un mes, ni siquiera una quincena. Nuestro burgués monta un establecimiento fabril, los banqueros se apresuran a prestarle otros quinientos mil francos, sobre todo si tiene fama de ser hábil, y con su millón podrá hacer trabajar a quinientos obreros/as. Si en los contornos hubiese hombres y mujeres cuya existencia estuviera garantizada, ¿quién iría a trabajar para nuestro burgués? Nadie consentiría en fabricarle, por un salario de tres francos por jornada, objetos comerciales por valor de cinco a diez francos. Por desgracia, sabemos que los barrios pobres de la ciudad y de los pueblos próximos están llenos de gente cuyas familias lloran delante de la despensa vacía. Por eso, aún antes de que la fábrica esté terminada acuden corriendo a enrolarse en las vacantes disponibles. Nuestro patrón obtiene así una bonita renta. Si ha elegido una rama industrial lucrativa, y si es hábil, agrandará poco a poco su fábrica y aumentará sus rentas, duplicando el número de trabajadores/as a quienes explota.

Las nueve décimas partes de las colosales fortunas de los Estados Unidos (así lo ha relatado Henry Jorge en "Problemas sociales") se deben a un gran negociado hecho con la complicidad del Estado. En Europa, los nueve décimos de las fortunas, en nuestras monarquías y en nuestras repúblicas, tienen el mismo origen. No hay dos maneras de hacerse millonario. Toda la ciencia de adquirir riquezas está en eso: encontrar cierto número de hambrientos/as, pagarles tres francos y hacerles producir diez; amontonar así una fortuna y acrecentarla en seguida por algún gran golpe de mano con ayuda del Estado.

Falta aún hablar de las modernas fortunas atribuidas por los economistas al ahorro el que, por sí solo, no produce nada, si ese dinero ahorrado no se emplea en explotar a más muertos/as de hambre. Supongamos un zapatero a quien se le retribuya bien su trabajo, que tenga buena clientela y que, a fuerza de privaciones, llegue a ahorrar cerca de dos francos diarios, ¡cincuenta francos al mes! Supongamos que nuestro

zapatero no esté nunca enfermo; que coma bien, a pesar de su afán por el ahorro; que no se case o que no tenga familia; que no se muera de tuberculosis; ¡admitamos todo lo que se quiera! Pues bien; a la edad de cincuenta años no habrá ahorrado ni quince mil francos, y no tendrá de qué vivir durante su vejez, cuando ya no pueda trabajar. Ciertamente no es así como se hacen las fortunas.

Supongamos otro zapatero. En cuanto tenga algo ahorrado, lo llevará cuidadosamente a la caja de ahorros, y ésta se lo prestará al burgués que está tratando de iniciar su propia explotación de desposeídos/as. Luego el zapatero tomará un aprendiz, el hijo de un miserable, que se tendrá por feliz si al cabo de cinco años aprende el oficio y consigue ganarse la vida. El aprendiz le “producirá” a nuestro zapatero y si éste tiene clientela, se apresurará a tomar otro, y más adelante un tercer aprendiz. Luego tendrá dos o tres oficiales, felices si cobran tres francos diarios por un trabajo que vale seis. Y si nuestro zapatero “tiene suerte”, es decir, si es lo suficientemente hábil, sus oficiales y aprendices le producirán una veintena de francos además de su propio trabajo. Podrá agrandar su negocio, se enriquecerá poco a poco y no tendrá necesidad de privarse de lo estrictamente necesario. Dejará a su descendencia un pequeño capital. He aquí lo que llaman “hacer ahorros, tener hábitos de sobriedad”. En el fondo es, sencillamente, explotar a las y los muertos/as de hambre.

El comercio pareciera ser una excepción de la regla. “Tal persona –se nos dirá– compra té en la China, lo importa a Francia y realiza un beneficio del treinta por ciento de su dinero. Él no ha explotado a nadie.” Y, sin embargo, el caso es análogo. Si nuestro comerciante hubiese traído el té sobre sus espaldas, ¡en buena hora! En los orígenes de la Edad Media de esa manera, precisamente, se hacía el comercio. Por eso no se lograban jamás las pasmosas fortunas de nuestros días; apenas si el mercader de entonces podía guardar algunas monedas después de un viaje lleno de penalidades y peligros. Lo impulsaba a dedicarse al comercio menos el afán de lucro que la afición a los viajes y a las aventuras. Hoy el sistema es más sencillo. El comerciante que tiene capital no necesita moverse del escritorio para enriquecerse. Telegrafía a un comisionista la orden de comprar cien toneladas de té; fleta un buque, y a las pocas semanas, en tres meses si se trata de un velero, tiene en su poder el cargamento. Ni siquiera corre el riesgo de la travesía, porque están asegurados su té y el buque. Y si ha gastado cien mil francos, recogerá ciento treinta mil, a menos que haya querido especular con alguna mercancía nueva, en cuyo caso se arriesga a duplicar su fortuna o a perderla por entero.

Pero, ¿cómo pudo encontrar personas que se decidieran a atravesar los mares, ir a China y volver, trabajar duramente, soportar fatigas, arriesgar la vida por un magro salario? ¿Cómo pudo conseguir en los docks estibadores a quienes pagaba justo lo necesario para que no se muriesen de hambre? ¿Cómo? ¡Porque son miserables! Hay que ir a un puerto, visitar los cafés en la playa, observar a esos hombres que

vienen a conchabarse, peleándose entre sí en las puertas de los docks que asedian desde la madrugada para que los admitan para trabajar en los barcos. Hay que ver a esos marineros, felices porque se los contrate para algún viaje lejano, después de semanas y meses de espera; pasaron toda la vida de barco en barco y han de subir a otros más, hasta perecer un día en las olas. Hay que entrar en sus casas miserables, ver a esas mujeres y a esos niños harapientos, que viven como pueden esperando el regreso del padre; y entonces también encontraremos la respuesta.

Hay que multiplicar los ejemplos –se los puede elegir donde se quiera–, meditar acerca del origen de todas las fortunas, grandes o pequeñas, provengan éstas del comercio, la banca, la industria o el suelo. En todos los casos se ha de comprobar que la riqueza de unos se ha hecho con la pobreza de otros/as. Una sociedad anarquista no tiene por qué temer al Rotschild desconocido que pudiera venir de pronto a establecerse en su seno. Si cada miembro de la comunidad sabe que, después de algunas horas de trabajo productivo, tendrá derecho a todos los placeres que procura la civilización, a los goces profundos que la ciencia y el arte dan a quienes los cultivan, no irá a vender su fuerza de trabajo por un poco de comida; nadie se ofrecerá para enriquecer a ese Rotschild. Sus monedas serán pedazos de metal, útiles para diversos usos, pero incapaces de multiplicarse.

Al responder a la objeción precedente, hemos determinado al mismo tiempo los límites de la expropiación. La expropiación debe ejercerse sobre todo lo que permite a alguien el apropiarse del trabajo de otra persona. La fórmula es simple y comprensible. No queremos despojar a nadie de su sobretodo; pero queremos devolver a las y los trabajadores/as todo lo que pueda permitir a cualquiera el explotarlos; y haremos todos nuestros esfuerzos para que, no faltándole nada a nadie, no haya una sola persona que se vea forzado a vender la fuerza de sus brazos para proveer a la existencia de su familia.

### III

La idea anarquista en general y la de la expropiación en particular encuentran, entre las personas independientes de carácter y aquellos para quienes el ocio no es el ideal supremo, muchas más simpatías de lo que se cree. “Sin embargo –nos dicen con frecuencia–, ¡cuidado con ir demasiado lejos! Ya que la humanidad no cambia en un día, no hay que apresurarse con estos proyectos de expropiación y de anarquía. Se corre el riesgo de no hacer nada duradero”. Pues bien; lo que tememos en materia de expropiación no es, precisamente, ir demasiado lejos. Tememos, por el contrario, que la expropiación se haga en una escala demasiado pequeña para que sea duradera, que el ímpetu revolucionario se detenga a la mitad de camino; que se agote en medidas a medias que no alcancen a contentar a nadie, y que produciendo una conmoción formidable de la sociedad y una suspensión de sus funciones no sean, sin embargo, viables, que sólo siembren el descontento general y que conduzcan fatalmente al triunfo de la reacción.

Existen efectivamente en nuestras sociedades relaciones establecidas que son materialmente imposibles de modificar si se las afecta sólo en parte. Los diversos engranajes de nuestra organización económica están tan íntimamente ligados entre sí, que no puede modificarse uno solo sin modificarlos a todos en su conjunto; esto se hará evidente en cuanto se quiera expropiar lo que sea. Supongamos que en una región cualquiera se haga una expropiación restringida, que afecte, por ejemplo, sólo a los grandes latifundistas, sin tocar a las fábricas, como recientemente pidió Henry Georges; que en tal o cual ciudad se expropien las casas, sin colectivizar los artículos de primera necesidad, o que en una región industrial se expropien las fábricas sin tocar a las grandes propiedades rurales. El resultado será siempre el mismo. Un trastorno inmenso de la vida económica, sin los medios para reorganizarla sobre bases nuevas. La paralización de la industria y del comercio, sin volver a los principios de la justicia, imposibilitará que la sociedad se reconstituya en un todo armónico. Si el agricultor se libra del gran propietario rural sin que la industria se libere del capitalista, del industrial, del comerciante y del banquero, no se habrá hecho nada.

El campesinado sufre hoy, no sólo por tener que pagar la renta al propietario del suelo, sino que padece por el conjunto de las condiciones actuales: padece el impuesto que le cobra el industrial, quien le hace pagar tres francos por una laya que, en comparación con su trabajo, sólo vale quince monedas; las contribuciones impuestas por el Estado, que no puede existir sin una formidable jerarquía de funcionarios/as; los gastos de mantenimiento del ejército que mantiene el Estado, ya que los industriales de todas las naciones están en lucha perpetua por los mercados, y cualquier día puede estallar la guerra como consecuencia de las disputas por la explotación de tal o cual parte del Asia o del África. El campesinado sufre el despoblamiento de los campos, cuyos jóvenes se ven arrastrados hacia las fábricas de las grandes ciudades, ya sea por el cebo de salarios más altos pagados temporalmente por los productores de objetos de lujo, ya sea por los atractivos de una vida más dinámica; sufre también por la protección artificial de la industria, por la explotación comercial de los países limítrofes, por la usura, por la dificultades que encuentra si quiere perfeccionar sus herramientas y mejorar el suelo que trabaja, etcétera.

En resumen, la agricultura es perjudicada, no sólo por la renta, sino por el conjunto de las condiciones de nuestras sociedades basadas en la explotación; y aun cuando la explotación permitiera a todos cultivar la tierra y hacerla rendir sin pagar renta a nadie, la agricultura –aun cuando conociera un momento de bienestar, lo que todavía no está probado–, volvería a caer pronto en el marasmo en que se encuentra hoy. Habría que volver a empezarlo todo, con nuevas dificultades además.

Lo mismo sucede con la industria. Si se entregaran mañana las fábricas a las y los trabajadores/as, y se hiciera lo que se ha hecho con cierto número de campesinos/as, a los que se ha convertido en propietarios del suelo. Si se suprimiera al patrón pero se dejara la tierra al latifundista, el dinero al banquero, la bolsa al comerciante. Si se conservara en la sociedad esa masa de ociosos que viven del trabajo ajeno, manteniendo a los mil intermediarios y al Estado con sus innumerables funcionarios/as, la industria no podrá prosperar. No hallando compradores en la masa de campesinos/as que continúan siendo pobres; no teniendo las materias primas y no pudiendo exportar sus productos, a causa, en parte, de la suspensión del comercio, y sobre todo por efecto de la descentralización de las industrias, las fábricas no podrán hacer más que vegetar, quedando las y los obreros/as en la calle. Y esos batallones de hambrientos/as aceptarán someterse al primer intrigante que se les cruce, o incluso a volver al antiguo régimen, si éste les garantiza la mano de obra.

En fin, si se expropiara a los dueños de la tierra y se devolvieran las fábricas a los trabajadores, pero no se tocara a las nubes de intermediarios que especulan hoy con las harinas y los trigos, con la carne y con las especias en los grandes centros urbanos; cuando en París falte el pan y Lyon no encuentre compradores para sus sedas, la reacción se recobrará terrible, caminando sobre los cadáveres, paseando las ametralladoras por ciudades y campos y celebrando orgías de ejecuciones y deportaciones, como ya lo hizo en 1815, en 1848 y en 1871.

Todo se entrelaza en nuestras sociedades, y es imposible reformar algo sin que el conjunto se desestabilice. El día en que se afecte a la propiedad privada en alguna de sus formas, ya sea territorial o industrial, habrá que golpearla en todas las otras. Lo impondrá el mismo triunfo de la revolución. Por otra parte, aunque se quisiera, no se podría llevar a cabo una expropiación parcial. Una vez que el principio de la Santa Propiedad haya sido conmovido en sus cimientos, los teóricos no podrán impedir que sea destruida por los siervos de la gleba y por los de la industria.

Si una gran ciudad echa mano solamente de las casas o de las fábricas, la misma fuerza de las cosas la llevará a no reconocer a los banqueros el derecho a cobrar del municipio cincuenta millones de impuesto, bajo la forma de intereses por empréstitos anteriores. Se verá obligada a ponerse en relación con las y los campesinos/as, y forzosamente los impulsará a liberarse de los poseedores del suelo. Para poder comer y producir, se tendrán que expropiar los ferrocarriles. Por último, para evitar el derroche de los víveres y no quedar a merced de los acaparadores de granos, como la Comuna de 1793, confiará a las y los mismos/as obreros/as el cuidado de llenar sus almacenes de víveres y repartir los productos.

Sin embargo, algunos socialistas han tratado de establecer una distinción, diciendo: "nos parece bien que se expropien el suelo, el subsuelo, la fábrica, la industria; se

trata de instrumentos de producción, y es justo considerarlos una propiedad pública, pero otra cosa son los objetos de consumo, el alimento, el vestido, la habitación, que deben permanecer como propiedad privada". El sentido común popular triunfó sobre esta distinción sutil. En efecto, no somos salvajes como para vivir en la selva al abrigo de unas ramas. Nos hace falta un cuarto, una casa, una cama, una estufa que funcione.

Esto es aún más evidente con los alimentos. La comida abundante y refinada del rico es un consumo de lujo. Pero la comida del productor es uno de los objetos imprescindibles para la producción, al mismo nivel que el carbón que se quema en la máquina de vapor. Quiérase o no, así entiende el pueblo la revolución. En cuanto haya barrido los gobiernos, tratará, ante todo, de asegurarse un alojamiento sano, una alimentación suficiente y el vestido necesario, sin pagar por ellos.

Y el pueblo tendrá razón. Su manera de actuar estará infinitamente más conforme con la ciencia que la de los economistas que hacen tantas distinciones entre los instrumentos de producción y los artículos de consumo. Comprenderá que es precisamente por ahí donde debe comenzar la revolución, y sentará las bases de la única ciencia económica que pueda reclamar el título de ciencia, y que podría llamarse estudio de las necesidades de la humanidad y medios económicos de satisfacerlas.

